



# DON CLAUDIO

RAMON MUGICA LECUONA

«Te presentamos lector al joven renteriano D. Claudio Albisu, Licenciado en Medicina, cuya carrera recientemente terminada con brillantez hace augurar una feliz actuación en el campo de la ciencia curativa, donde le deseamos los sólidos aciertos que prometen su juventud y cultura».

Esta era la presentación un tanto lacónica publicada con su fotografía en la Revista «RENTERIA» del año 1931.

Nos conocimos hacia el año 1942. Aunque más joven que él, ambos pertenecíamos a esa generación, «algo maldita», inmersa en guerras, hambre y calamidades. Quizá por eso congeniamos desde el primer momento, cuando íbamos a tomar café a la cocina de Dolores del «Bar Choko». Allí todos los domingos por la tarde charlábamos, al principio de cosas baladíes, y lo que empezó siendo un encuentro casual, terminó siendo una reunión periódica de amigos y una charla o tertulia que siempre derivaba en temas literarios.

No había llegado todavía el invento de la televisión y la gente leía mucho más que ahora. Rememorando nuestras clases de literatura, comentábamos el Quijote y terminábamos recorriendo la Mancha y los ventorros del Toboso, analizando los aspectos de sus innumerables aventuras, capítulos y su gracia literaria.

Al poco tiempo, coincidió que cayó en nuestras manos el «CASTILLO DE SAN MICHELE», novela a la que sacamos las entrañas, estudiando sus amenas descripciones y sus personajes tan reales y atractivos del escritor Axel Munthe.

Así, poco a poco y domingo a domingo, se fue forjando entre ambos una amistad sincera y leal. Me encontré con el hombre locuaz y jovial, loca-

mente enamorado de su profesión, de su mujer y de sus hijos.

Muchas veces recaía la conversación en los avatares de su profesión, en el ajetreo diario de las visitas a sus pacientes, en los aldabonazos inesperados, en las continuas llamadas telefónicas, en los sobresaltos del amanecer para salir siempre corriendo, subiendo a los cuartos y quintos pisos sin ascensor.

Hace unos años, un famoso especialista donostiarra me hablaba de este tema. Ser médico de cabecera—me decía—es el ideal y la esencia de la medicina. Me decía que estaban bien los laboratorios, estaban bien los análisis exhaustivos, pero que resultaban fríos. Conocer los antecedentes de la familia del enfermo, conocer su psicología, secar sus lágrimas, adivinar sus angustias, palpar su cuerpo, pesar sus sudores, examinar sus ojos, tomar su pulso y acertar con el diagnóstico era un don y una experiencia que sólo conocían los médicos rurales.

No sé en qué revista americana leí que este tipo de médicos de cabecera era una especialidad muy cotizada en varios estados y apoyada por sus gobiernos.

Ahora en estos tiempos y por estos lares, a estos médicos de pueblo les llaman «médicos butaneros». Ya por lo visto eso no se lleva. Ahora impera la receta escueta y fría, las colas en los ambulatorios masivos y los grandes centros sanitarios. ¡Todo ha cambiado!

Pero la imagen del médico antiguo seguirá en pie como la imagen de un coloso de carne, con sus defectos y sus virtudes.

Así era el amigo *Claudio*. Quisiera que estas líneas fueran un homenaje a su vocación, un agradecimiento a su trabajo de 50 años, un abrazo de amigo y un premio para el buen samaritano.